

el último dictamen por una razón que parecía bastante decisiva.

Túnez se hallaba á la sazón bajo el dominio de un príncipe á quien Godofredo de Beaulieu y Guillermo de Nangis llaman *Omar-el-Muley-Moztanca*. Los historiadores contemporáneos no dicen el por qué este príncipe fingió querer abrazar la religión cristiana; pero es muy probable que noticioso del armamento de los cruzados, y no sabiendo donde estallaría aquella tempestad, creyó conjurarla enviando embajadores á Francia y halagando al santo rey con una conversión que no entraba en sus planes. Esta superchería del infiel fue precisamente lo que atrajo sobre su cabeza la tormenta que pretendía conjurar. Luis creyó que bastaría dar á Omar una ocasión de hacer manifiestos sus deseos, y que en tal caso gran parte del Africa se haría cristiana, á imitación de su príncipe.

A este motivo religioso se unía una razón política: los tunecinos infestaban los mares; se apoderaban de los socorros destinados á los príncipes cristianos de la Palestina; suministraban caballos, armas y soldados á los soldanes de Egipto, y eran el centro de las inteligencias que Bondoc-Dari mantenía con los moros de Marruecos y de España. Importaba, pues, destruir aquella madriguera de bandidos, para facilitar las expediciones á Tierra Santa.

San Luis entró en la bahía de Túnez en julio de 1270. Por aquel tiempo un príncipe moro se había propuesto reedificar á Cartago, y muchas casas nuevas descollaban ya en medio de las ruinas, y se veía un castillo sobre la colina de Birsá. Los cruzados admiraron la hermosura del país, cubierto de estensos olivares. Omar no salió al encuentro de los franceses, pero les amenazó con degollar á todos los cristianos de sus estados si intentaban el desembarco. Estas amenazas no impidieron que el ejército desembarcase y acampase en el istmo de Cartago, después de haber tomado posesión de la patria de Ambal dirigiéndole estas palabras: *Yo te intimo el mandato de Nuestro Señor Jesucristo y de Luis rey de Francia, su lugar-teniente*. Aquellos lugares habían oído del gétulo, del tirio, del latino, del vándalo, del griego y del árabe, la expresión de las mismas pasiones en diferentes idiomas.

San Luis resolvió tomar á Cartago antes de sitiar á Túnez, á la sazón ciudad rica, mercantil y fortificada. Trabada la lucha, espulsó á los sarracenos de una torre que defendía las cisternas; el castillo fue asaltado, y la nueva ciudad sufrió la suerte de la fortaleza. Las princesas que seguían á sus maridos desembarcaron en el puerto; y por una de esas singulares peripecias que los siglos llevan consigo, las principales damas de Francia se alojaron en las ruinas de los palacios de Dido.

Pero la prosperidad abandonó á San Luis desde que atravesara los mares, como si su destino fuese dar á los infieles el ejemplo del heroísmo en el infortunio. No le era posible atacar á Túnez antes de recibir los auxilios que debía llevarle su hermano el rey de Sicilia. Obligado, por lo tanto, á atrincherarse en el istmo, el ejército se vió acometido de una enfermedad contagiosa que en pocos días arrebató la mitad de los soldados. El sol de Africa devoraba á unos hombres acostumbados á vivir bajo mas benigno cielo. Y para aumentar los desastres de los cruzados, los moros levantaban una arena abrasadora por medio de máquinas, y entregaban al viento aquella arena candente, imitando de esta suerte, en daño de los cristianos, los efectos del *Kamsim* ó del terrible viento del desierto: ingeniosa y formidable invención, digna de las soledades que la inspiraron, y que prueba hasta qué punto puede llevar el hombre el genio de la destrucción. Los incesantes combates acababan de estenuar las fuerzas del ejército; los vivos no bastaban para dar sepultura á los muertos, y los cadáveres eran arrojados

á los fosos del campamento, que no tardaron en quedar cegados.

Los condes de Nemours, de Montmorency y de Vendome no existían ya; el rey había visto espirar en sus brazos á su querido hijo, el conde de Nevers, y él mismo se sintió atacado del contagio, conociendo desde el principio que su mal era de muerte, y que posiblemente un cuerpo quebrantado por las fatigas de la guerra, por los cuidados del trono, y por aquellas vigilias religiosas y reales que Luis consagraba á Dios y á su pueblo. Esforzose, no obstante, en disimular su mal y en ocultar el dolor que la pérdida de su hijo le causaba. Veíasele, con la muerte retratada en el semblante, visitar los hospitales como uno de aquellos religiosos mercenarios consagrados en los mismos lugares á la redención de los cautivos y á la salvación de los apesados. De las obras de santo pasaba á los deberes de rey; velaba por la seguridad del campamento, y mostraba al enemigo un intrépido continente; ó bien sentado delante de su tienda, administraba justicia á sus súbditos, como debajo de la encina de Vincennes.

Felipe, primogénito y sucesor de San Luis, no se alejaba de su padre, á quien veía próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió al fin precisado á no salir de su tienda; y entonces, no pudiendo ya ser personalmente útil á sus pueblos, procuró garantizarles la felicidad para el porvenir, dirigiendo á Felipe unas instrucciones que ningún francés leerá en tiempo alguno sin derramar lágrimas; escribiéndolas en su lecho de muerte. Ducange habla de un manuscrito que parece ser el original de esas preciosas instrucciones; el escrito era largo, pero en sus trémulos caracteres echábase bien de ver la debilidad de la mano que había trazado los conceptos de un alma tan vigorosa.

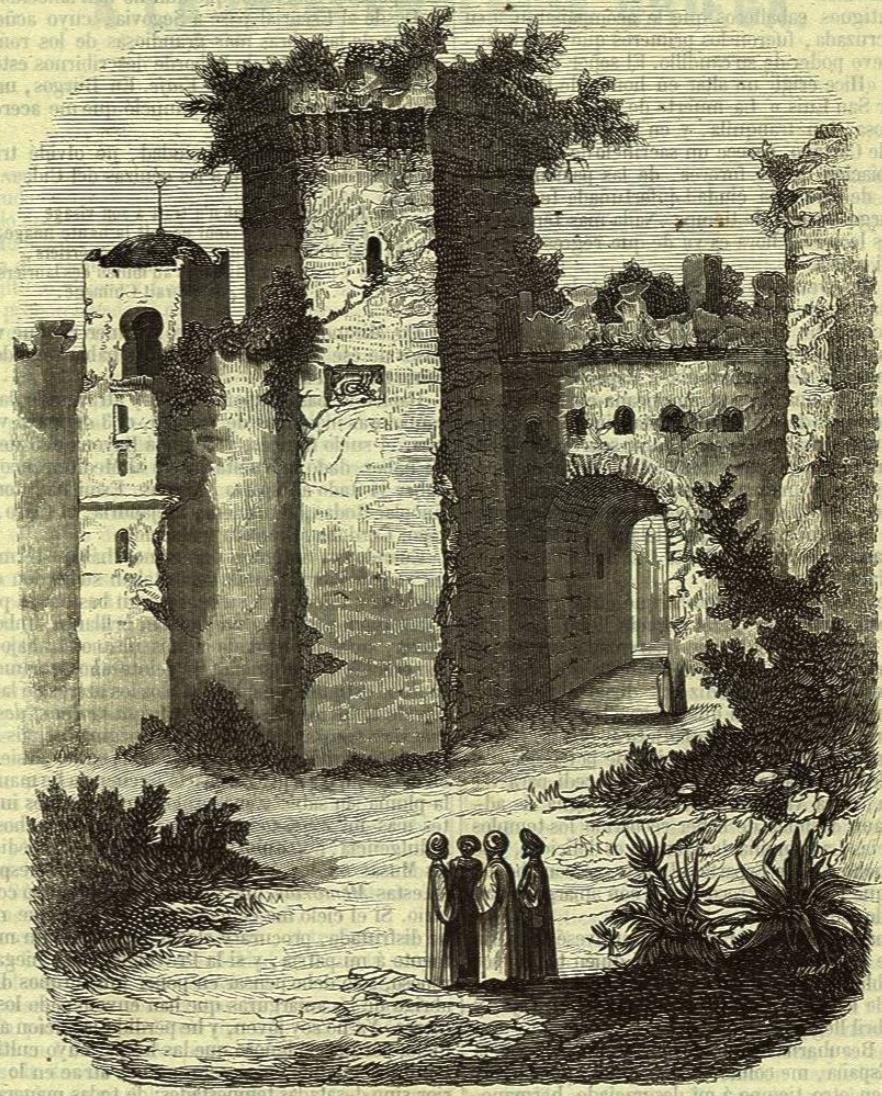
Todo hombre cercano á su fin, desencantado de las cosas del mundo, puede dirigir sabios consejos á sus hijos; pero cuando estos consejos están apoyados en el ejemplo de toda una vida de inocencia; cuando salen de los labios de un gran príncipe, de un denodado guerrero, y del corazón mas sencillo que puede hallarse; cuando son las últimas aspiraciones de un alma divina, que vuela á las eternas mansiones; ¡feliz entonces al pueblo que puede glorificarse diciendo: «El hombre que ha escrito estas instrucciones era el rey de mis padres!»

Como la enfermedad hiciese notables progresos, Luis pidió la Estrema-Uncción; al recibirla, respondió á las preces de los agonizantes con voz tan segura como si diese órdenes en un campo de batalla. Púsose de rodillas al pie de su lecho para recibir el santo Viático, y fue preciso sostener por los brazos á este nuevo San Gerónimo en esta última comunión. Desde aquel momento puso término á los pensamientos terrenos, pues juzgó cumplidos sus deberes respecto de su pueblo. ¡Ah! ¿qué monarca había cumplido mejor los suyos? Su caridad se extendía entonces á todos los hombres: oró por los infieles, que fueron á la vez la gloria y el infortunio de su vida, é invocó los santos patronos de esa Francia, objeto de su paternal cariño. En la mañana del lunes 25 de agosto, conociendo que se acercaba su hora final, se hizo acostar en un lecho de ceniza, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos fijos en el cielo.

Solo se ha visto una vez, y jamás volverá á verse tan magnífico espectáculo: la flota del rey de Sicilia se dejaba ver en el horizonte; el campo y las colinas estaban cubiertos con el ejército de los moros. En medio de las ruinas de Cartago, el campamento cristiano presentaba la imagen del mas horroroso dolor; ningún ruido resonaba en él; los soldados moribundos salían de los hospitales, y se arrastraban á través de las ruinas para acercarse á su rey, próximo á dejar de existir. Luis estaba rodeado de su familia, anegada en

lágrimas, de príncipes afligidos, y de princesas desfallecidas. Los diputados del emperador de Constantinopla se hallaban presentes á esta escena, y pudieron contar á la Grecia el prodigio de una muerte que hubiera causado la admiración de Sócrates. Desde el lecho de ceniza en que San Luis exhalaba el postrer suspiro, descubriase la costa de Útica: todos podían entablar la comparación entre la muerte del filósofo estoico y la del filósofo cristiano. Mas dichoso que Catón,

San Luis no se vió obligado á leer un tratado de la inmortalidad del alma para convencerse de la existencia de una vida futura, cuya invencible prueba hallaba en su religión, en sus virtudes y en sus infortunios. Por último, el rey exhaló su postrer aliento á las tres de la tarde, pronunciando en voz preceptible estas palabras: «¡Señor! entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo; y su alma voló al santo templo que era digna de habitar.»



PUERTA DE LOS MAUGRAVINOS.

Oyóse entonces el eco de la trompeta de los cruzados de Sicilia, cuya flota llegaba llena de regocijo y cargada de inútiles auxilios; mas nadie respondió á su señal. Carlos de Anjou se admiró de ello, y empezó á temer hubiese ocurrido alguna desgracia. Saltó á tierra donde vió á los centinelas con la pica vuelta, espresando su dolor menos aun en este luto militar, que en el abatimiento de su semblante. Voló á la tienda del

rey su hermano, á quien halló difunto sobre el lecho de ceniza; arrojóse sobre sus restos mortales, rególos con sus lágrimas, besó con respeto los pies del santo, y dió unas muestras de ternura y de dolor que nadie esperaba de alma tan orgullosa. El rostro de San Luis conservaba aun todos los colores de la vida.

Carlos obtuvo las entrañas de su hermano, que hizo depositar en Montreal, cerca de Salerno. El corazón

y la osamenta del príncipe fueron destinados á la abadía de San Dionisio; pero los soldados no quisieron dejar partir antes que ellos unos despojos tan queridos, diciendo que las cenizas de su soberano eran la salvación del ejército. Dios quiso dar al sepulcro del santo una virtud que se manifestó por medio de repetidos milagros. La Francia, que no podía consolarse de haber perdido en la tierra tan buen monarca, le declaró su protector en el cielo. Luis, colocado en el número de los santos, fue de este modo para la Francia una especie de rey eterno. Eleváronsele iglesias y capillas mas magníficas que los modestos palacios donde habia pasado su vida.

Los antiguos caballeros que le acompañaron á su primera cruzada, fueron los primeros que reconocieron el nuevo poder de su caudillo. El señor de Joinville dice: «Hice erigir un altar en honor de Dios y de Monseñor San Luis.» La muerte de este, tan tierna, tan virtuosa, tan tranquila, y en la cual termina la historia de Cartago, parece un sacrificio de paz ofrecido en espacion de los furiosos, de las pasiones y los crímenes de que esta ciudad infortunada fue teatro por tan largo espacio de tiempo. Nada mas tengo que decir á los lectores; hora es ya de que regresen conmigo á mi patria.

Dejé á Mr. Devoise, que me habia dado tan noble hospitalidad, y me embarqué en el schooner americano, que como he dicho, me habia fletado Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de marzo de 1807, y nos dimos á la vela con rumbo á España. Tomamos las órdenes de una fragata americana en la rada de Argel, donde no desembarqué. Esta ciudad está edificada en una situacion encantadora, sobre un ribazo que se asemeja á la hermosa colina de Pausilipo. El 19 á las 7 de la mañana, descubrimos á España hácia el cabo de Gata, en la punta del reino de Granada; seguimos la costa, pasamos por delante de Málaga, y fuimos á anclar el Viernes Santo, 27 del citado mes, en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua desembarqué en Algeciras, y el 4 de abril partí para Cádiz á donde llegué dos dias despues, siendo recibido con estremada urbanidad por el cónsul y vice-cónsul de Francia, los SS. Leroy y Canclaux. Desde Cádiz me dirigí á Córdoba, donde admiré la mezquita que le sirve hoy de magnífica catedral. Recorrí la antigua Bética, que los poetas habían considerado como la mansion de la felicidad; y despues de subir hasta á Andújar, retrocedí para ver á Granada, cuya Alhambra me pareció digna de admiracion aun despues de haber recorrido los templos de la Grecia. La campiña de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta; al verla, se concibe fácilmente que los moros recordasen con amargura tan privilegiado país.

De Granada salí para Aranjuez, y atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. En Aranjuez vi el Tajo, y el 24 de abril llegué á Madrid.

Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en la corte de España, me colmó de obsequios, pues habia conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso con su ilustre abuelo, Mr. de Malesherbes.

El 24 abandoné á Madrid y pasé al Escorial, construido por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. La corte va todos los años á pasar una temporada á este monasterio, como para ofrecer á unos solitarios muertos al mundo el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos enseñanzas de que las pasiones nunca se aprovechan. Allí se vé tambien la capilla fúnebre, donde están sepultados los reyes de España, en sarcófagos iguales y dispuestos á manera de escalones; de modo que todo aquel polvo, impotente ya, está rotulado y ordenadamente dispuesto como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que aun no han fallecido.

Desde el Escorial pasé á Segovia, cuyo acueducto es una de las obras mas grandiosas de los romanos; pero dejemos á Mr. de Laborde describirnos estos monumentos en su hermoso *Viaje*. En Burgos, una soberbia catedral gótica me anunció que me acercaba á mi país.

Al visitar esta antigua ciudad, no olvidé tributar un recuerdo de respeto á las cenizas del Cid;

Don Rodrigue surtout n'a trait á son visage
Qui d'un homme de cœur ne soit la haute image,
Et sort d'une maison si féconde en guerriers,
Qu'ils y prennent naissance au milieu des lauriers.
..... Il adorait Chimene.

En Miranda saludé al Ebro, primer rio que vió los pasos de ese Anibal cuyas huellas habia seguido durante tanto tiempo.

Habiendo pasado por Vitoria y atravesado las encantadoras montañas de Vizcaya, el 3 de mayo volví á pisar el suelo francés, y llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo y de haber visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rodas, Jerusalém, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habian terminado un viaje á Tierra Santa, depositaban su bordon en Jerusalém y tomaban á su regreso un baston de palmera: yo no he traído á mi país tan brillante símbolo de gloria, pues no he dado á mis últimos trabajos una merecida importancia. Há veinte años que me consagro al estudio en medio de todos los azares de la suerte y de todos los sinsabores, *diversa exilia et desertas querere terras*: gran número de páginas de mis libros han sido escritas debajo de la tienda, en los desiertos y en medio de las olas; con harta frecuencia he manejado la pluma sin saber cómo prolongaría algunos instantes mas mi existencia: pero estos son derechos á la indulgencia, no títulos de gloria. Me he despedido de las Musas en los *Mártires*, y renuevo mi despedida en estas *Memorias*, que son su continuacion ó comentario. Si el cielo me concede un descanso que nunca he disfrutado, procuraré elevar en silencio un monumento á mi patria; y si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias al abrigo de las amarguras que han envenenado los primeros. Ya no soy jóven, y he perdido la aficion al bullicio, porque no ignoro que las letras, cuyo cultivo es tan dulce cuando es secreto, no nos atrae en lo exterior sino desatadas tempestades: de todas maneras, he escrito bastante si mi nombre debe vivir; demasiado, si debe perderse en las tinieblas del olvido.

FIN DEL ITINERARIO.

VARIOS DOCUMENTOS DIPLOMATICOS.

RELATIVOS

A LA INDEPENDENCIA GRIEGA.

Cuando en 1806 emprendí mi viaje á Jerusalém, esta ciudad estaba casi enteramente olvidada, porque un siglo anti-religioso habia perdido la memoria de la cuna de la religion; y como ya no habia caballeros, parecia que ya no habia Palestina.

El último viajero á Levante, el conde de Volney, habia proporcionado al público muy apreciables noticias relativamente á la Siria; pero habíase limitado á ciertos detalles generales acerca del gobierno de la Judea. De este concurso de circunstancias resultaba que Jerusalém, por otra parte tan inmediata á nosotros, parecia hallarse en los confines del mundo; la imaginacion se complacia además en sembrar obstáculos y peligros en los caminos de la Ciudad Santa. Yo resolví aventurarme á llegar á ella, y me sucedió lo que siempre sucede á todo aquel que sigue sin titubear el objeto de sus terrores: el fantasma se desvaneció. Costeé todo el Mediterráneo sin experimentar accidentes de trascendencia, volviendo á hallar á Esparta, pasando á Atenas, saludando á Jerusalém, admirando á Alejandría, señalando á Cartago, y descansando del triste espectáculo de tantas ruinas en las ruinas de la Alhambra.

He tenido, pues, el escaso mérito de abrir el camino, y el gran placer de ver que se han seguido mis huellas. En efecto, no bien fue publicado mi *Itinerario*, cuando sirvió de guia á multitud de viajeros. Nada le recomiendo tanto al público como su exactitud; es el libro de viaje de las ruinas, pues he marcado escrupulosamente en él los caminos, los habitantes y las estaciones de la gloria. Mas de quinientos ingleses han visitado á Atenas en estos últimos años; y lady Stanhope ha renovado en Siria la historia de las princesas de Antiocho y de Tripodi.

Aun cuando no hubiera tenido, al trasladarme á Grecia y la Palestina, sino la felicidad de trazar la senda á los talentos eminentes llamados á darnos á conocer estos países de hermosos y grandes recuerdos, me felicitaria por haber realizado mi empresa. El público ha visto en Paris los *Panoramas* de Jerusalém y de Atenas: la ilusion era tan completa, que reconocí al primer golpe de vista los monumentos y lugares que habia indicado. Ningun viajero se ha visto en tiempo alguno sometido á tan dura prueba: yo no podia esperar que Jerusalém y Atenas fuesen trasladados á Paris, para convencerme de mentira y de verdad. La confrontacion con los testigos me ha sido favorable; y tan minuciosa ha parecido mi exactitud, que algunos fragmentos del *Itinerario* han servido de programa y de esplicaciones populares á los cuadros de los *Panoramas*.

El *Itinerario* ha adquirido un interés de nueva especie, á causa de los acontecimientos políticos del momento; háse convertido, por decirlo así, en una obra de circunstancias, en un mapa topográfico del teatro

de esta guerra sagrada que escita actualmente la atencion de todos los pueblos, puesto que se trata de saber si Esparta y Atenas renacerán, ó si permanecerán eternamente sepultadas en su polvo. ¡Desgraciado el siglo, que testigo de una lucha heróica, creyese que se puede permitir sin peligro y sin penetracion del porvenir, que una nacion sea inmolada!

No es cierto que el derecho político esté siempre separado del derecho natural, porque hay crímenes que perturbando el órden moral, perturban el órden social y motivan la intervencion política. Cuando la Inglaterra tomó las armas contra la Francia en 1793, ¿qué razon alegó para justificar su determinacion? Declaró que no podia mantenerse por mas tiempo en paz con un país donde se violaba la propiedad, donde se proscribía á los ciudadanos, donde se desterraba á los sacerdotes, y donde habian sido abolidas todas las leyes protectoras de la humanidad y la justicia. ¿Y se sostendrá hoy que no hay ni asesinato, ni destierro, ni espropiacion en Grecia? ¿Se defenderá que es lícito asistir tranquilamente al degüello de algunos millones de cristianos?

Los hombres detestables y de limitada inteligencia que creen que una injusticia, en el mero hecho de haber sido consumada, no acarrea ningun resultado funesto, son la peste de los Estados. ¿Cuál fue la primera acriminacion dirigida en 1789 por las potencias extranjeras al gobierno monárquico de la Francia? El haber tolerado la reparticion de Polonia. Esta reparticion, que derribó la barrera que separaba el Norte y el Oriente, del Mediodia y del Occidente de Europa, abrió el camino á los ejércitos que han ocupado alternativamente á Viena, Berlin, Moscou y Paris.

Una política inmoral se envanece por una victoria pasajera; júzgase sutil, astuta y hábil, cuando escucha con irónico desprecio el grito de la conciencia y los consejos de la probidad. Empero mientras camina sin obstáculos aparentes, y mientras se juzga victoriosa, se siente súbitamente detenida por los mismos velos con que se encubria; vuelve la cabeza, y se encuentra frente á frente con una revolucion vengadora que la ha seguido en silencio. ¿No quereis estrechar la mano suplicante de la Grecia? ¡Pues bien! su mano moribunda os marcará la frente con una mancha de sangre, para que el porvenir os reconozca y castigue.

Cuando recorrí la Grecia, estaba triste pero tranquila; el silencio de la esclavitud reinaba sobre sus destruidos monumentos; la libertad no habia hecho oír el grito de su renacimiento en el fondo de la tumba de Armodio y Aristogiton, y los ahullidos de los esclavos negros de la Abisinia no habian respondido á este grito. Durante el dia, no escuchaba en mis largas jornadas sino la eterna cancion de mi pobre guia; y durante la noche dormia tranquilamente al abrigo de algunas adelfas, á la márgen del Eurotas. Las rui-